

Las mujeres y la pastoral con jóvenes en una Iglesia sinodal

Laura Moreno Marrocos

Delegada episcopal de juventud de la arquidiócesis de Madrid

Con gran alegría saludo a las assembleístas y autoridades de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC). Gracias por la invitación a participar, la he recibido como una gracia y un privilegio por la historia fecunda que tiene esta plataforma eclesial. Además, el encuentro tiene lugar en esta tierra de Asís que guarda las huellas de san Francisco y de santa Clara, que tanto inspiraron en la Iglesia.

Mi compartir nace de la escucha a la realidad de una parte de la Iglesia y de la sociedad, como son los y las jóvenes, y desde un pensar *sintiente*, con la esperanza de seguir roturando, transitando y abriendo caminos en la sociedad y la Iglesia, como discípulas de Jesús, artesanas y poetas de fraternidad, justicia y de paz, deudas de tantas que nos han precedido.

Traigo las voces de algunas jóvenes con las que comparto la apasionante tarea de animar la pastoral con jóvenes en una gran archidiócesis como es la de Madrid. Lo hago con raíces latinoamericanas, mi origen es Argentino y formé parte de los caminos pastorales de la Iglesia en América Latina, donde aprendí a ser mujer, ser Iglesia, en la Iglesia y en el mundo, donde descubrí mi vocación.

Os propongo desarrollar brevemente dos ideas:

- I. ¿Qué dicen las mujeres jóvenes de la Iglesia y a la Iglesia?
- II. ¿Qué supone que una mujer laica anime, en nombre del obispo, una pastoral (en mi caso con jóvenes)? En una Iglesia universal que empieza a redescubrir su ser sinodal.

1. Voces de mujeres jóvenes en la Iglesia

Creo que todas compartiremos con el papa Francisco que estamos transitando un cambio de época. Lo acaba de repetir a los jóvenes que irán a la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa el verano próximo, y lo señala en su carta programática *Evangelii Gaudium*. Esta noción es fundamental para comprender la realidad de las nuevas generaciones. Algunas presentes aquí. Dejaré que la poesía de una mujer joven del sur de España, Ana Castro, nos lo muestre.

*Mi hermana es la primera mujer de mi familia que no sabe coser.
Perplejas, nos miramos las unas a las otras
y nos culpamos en silencio.
Cómo ha podido pasar,
si las mujeres de mi familia arreglamos todo así,
cosiendo,
si las mujeres de mi familia hilvanamos la aguja siempre a la primera
y sentimos que así se calma un poco el mundo.*

*Comentamos este hecho aterradas
y nos preguntamos cómo será su vida cuando esté sola.
Cómo criará a sus hijos, cómo cuidará las plantas,
cómo se asomará al balcón, si no sabe coser.
Nos parece imposible que sin saber coser
una pueda salir adelante en la vida.*

*Luego, nos acordamos de los tiempos de ahora,
la vida moderna,
y nos decimos que lo que importa no tiene arreglo.*

*La abuela no quería que sus hijas aprendieran a coser.
Pensaba que así tendrían un trabajo. Yo, que trabajo,
también sé coser y me resulta inconcebible
no tener una aguja y un dedal a mano
(por lo que pueda pasar).
Al fin y al cabo, nos criaron así,
al calor de una mesa camilla, viendo
las horas pasar al ritmo de los pespuntos.*

*Mi hermana no conoció estas costumbres.
Cuando ella llegó,
el tiempo de los hilos ya había pasado,
la abuela ya había muerto,
la manada se había roto.*

*Y todo eso queda lejos.
Las muchachas de ahora,
como mi hermana, no saben coser
y no se preocupan. Es mejor así:
que tengan un trabajo y no cosan
—como quería la abuela—,
que salgan adelante así, sin árbol genealógico,
todo pólvora y futuro.*

(Las hilanderas, Ana Castro. Del libro *El cuadro del dolor*, Premio Solienses 2018)

Podríamos decir desde nuestra perspectiva: *mi hermana pequeña no sabe rezar...* y asombrarnos igual que las hilanderas, *¡Cómo ha podido pasar!. Si las mujeres de nuestras familias nos han transmitido la fe. ¿Cómo encontrarán sentido en sus vidas si no tienen fe? ¿Cómo criarán a sus hijos sin sacramentos? ¿Cómo vivirán si el evangelio se les ha hecho desconocido y Jesús es solo un personaje histórico o una idea? Podríamos repetir: “Mi hermana no conoció estas costumbres. Cuando ella llegó, el tiempo de los hilos (el tiempo de la fe transmitida en las culturas y en las familias) ya había pasado, la abuela ya había muerto, la manada se había roto”.*

Las sociedades en las que vivimos, particularmente en regiones de raíces cristianas en grandes zonas de América y de Europa, son hoy sociedades seculares y secularizadas, es decir, sociedades que se concentran en sí mismas, en la propia construcción social y cultural y que carecen de creencias, al menos, creencias institucionalizadas. No nos extrañará entonces el poco interés de las generaciones jóvenes por una vida de fe: solo el 28,2% de los jóvenes españoles de 18 a 24 años se declara católico, 50 puntos menos que hace tres décadas.

La poca significación que la religión tiene para muchos jóvenes es un hecho reconocido por el Sínodo sobre los jóvenes¹ del año 2018, razón por la que el papa Francisco en su exhortación *Christus Vivit*, propone: *1 “Construir una pastoral juvenil capaz de crear espacios inclusivos, donde haya lugar para todo tipo de jóvenes y donde se manifieste realmente que somos una Iglesia de puertas abiertas. Ni siquiera hace falta que alguien asuma completamente todas las enseñanzas de la Iglesia para que pueda participar de algunos de nuestros espacios para jóvenes. Basta una actitud abierta para todos los que tengan el deseo y la disposición de dejarse encontrar por la verdad revelada por Dios”.* (ChV, 234)

En este contexto cultural y eclesial es signo de esperanza caminar con muchos jóvenes, entre ellos muchas mujeres jóvenes que participan en parroquias o movimientos juveniles laicales o cercanos a congregaciones religiosas o en nuestras organizaciones, buscan su lugar porque han encontrado sentido en sus vidas y desean ser también poetas y artesanas de un mundo que necesita equidad, justicia, fraternidad y paz. Escuchemos las voces de algunas de estas jóvenes.

Ser mujer hoy es como siempre ha sido, pero diferente, - dice una joven madrileña -. Las mujeres siguen siendo juzgadas como si estuviera mal ser quienes realmente son y no querer lo que el mundo espera de nosotras, o lo que durante siglos se definió como comportamiento esperado de una mujer. La diferencia es que ahora podemos hablar abiertamente de ello y luchar por el cambio. Ser mujer es ser lo que queremos ser, y el papel que una mujer desempeña en la sociedad lo define ella misma.

Se trata de luchas, retos y logros, porque aunque sobre el papel tenemos derechos garantizados y acceso a lo mismo que los hombres, constantemente tenemos que demostrarnos a nosotras mismas, construirnos y justificarnos, dice otra joven.

Una líder de un movimiento juvenil que participa en la mesa de jóvenes de la archidiócesis de Madrid agrega: Si a esto le añadimos ser cristiana, es una batalla de justificaciones sobre tu fe ante los demás, y cómo ésta no tiene por qué condicionarte a la hora de conseguir tus objetivos personales y profesionales. En contraste ser hombre hoy en día es intentar equilibrar las ideas y valores patriarcales aún presentes con los cambios actuales de mentalidad y el feminismo. Requiere cuestionamiento y educación en relación a estos temas, para que se conviertan en motores de acción y ejemplo. La Iglesia sigue estando representada por hombres. Aunque en el Vaticano las mujeres hayan asumido cargos de alto nivel, ese ejemplo no se refleja en las diócesis ni en las parroquias, donde son los hombres los que en la mayoría de los casos asumen funciones de responsabilidad y asistencia a la Iglesia.

Poco a poco, y como sucede en otras instancias sociales, la mujer va teniendo más participación en la Iglesia católica, - expresa Mercedes, joven profesora leonesa - Hay nuevos gestos que así lo confirman y manifiestan una mayor presencia de la mujer en la vida de la Iglesia. Se materializa en nuevos nombramientos de puestos de responsabilidad, ocupados antes por hombres; pero no se reconocen otras presencias, menos visibles, pero no por ello menos importantes que la mujer realiza al servicio de la Iglesia y que la hacen avanzar, como en el campo de la educación, los voluntariados, los cuidados y tantos otros. Ello significa para todos, también para muchas mujeres, pasar de una visión y actitud de servilismo a la dignidad de la entrega en el servicio.

Nos corresponde a nosotras recuperar el papel que tuvo la mujer en los orígenes de la Iglesia, no solo por ser mujeres, sino demostrando con nuestra profesionalidad y buen hacer que somos capaces de

¹ “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, XV Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, de 3 al 28 de octubre de 2018

comprometernos con ella. Al mismo tiempo, tiene que haber un cambio de actitudes, por una parte saber delegar, confiar, apertura y por otra, compromiso y disponibilidad.

Es necesario que la Iglesia asuma los errores que ha cometido y sigue cometiendo (por ejemplo en el caso de los abusos sexuales) - reclama otra joven de un movimiento juvenil - Creo que se debería repensar la catequesis para transmitir las enseñanzas de Jesús y no las interpretaciones y propias convicciones de tantos sacerdotes y catequistas con las que justifican juicios y exclusiones de personas. Que dejen de usar la biblia como justificación para todo. La Iglesia es fraterna y acoge a todos, no elige ni excluye. Hay que dejar de juzgar a los demás porque eso no tiene nada de cristiano. Creo que la Iglesia, especialmente los sacerdotes, deberían empatizar con los desgarros y problemas actuales de la sociedad, deberían reflexionar sobre los avances y la pluralidad de realidades de la sociedad y por tanto de los fieles cristianos.

Por su parte, mujeres jóvenes responsables de un movimiento juvenil han experimentado que su participación, tanto en espacios eclesiales como sociales, “lleva consigo el desenvolvernos en ámbitos en su mayoría ocupados por hombres. Vivimos situaciones donde nos es difícil encontrar el espacio y el momento para aportar y que nuestra aportación sea tenida en cuenta. Ejemplo de ello, es la historia que nos precede donde se ha potenciado la desigualdad y la subordinación de la mujer al hombre; esta subordinación y desigualdad es mucho más evidente si eres una persona que perteneces a un colectivo minoritario².

Estas jóvenes piden una Iglesia que verdaderamente se crea que, por el bautismo, todos somos Pueblo de Dios y que la mujer, ya sea laica o religiosa, también tiene un papel activo y protagonista dentro de ella.

Otras afirman que el integrar la perspectiva de género ha sido y es profundamente liberador para ellas y para otros jóvenes, es una herramienta necesaria para desarrollar nuevos modos de ser persona –mujer y hombre– ser familia y comunidad, nuevas formas de amar y ser amadas, reivindicando el amor propio, el respeto para que la diferencia nunca pueda ser motivo de desigualdad ni opresión.

Muchas jóvenes coinciden en que hoy el compromiso cristiano es un continuo “nadar a contracorriente”, porque con Jesús se hizo presente “el año de gracia del Señor”. Él quería dar paso a un mundo de justicia y de cuidados, un mundo de hombres y mujeres libres viviendo fraternalmente.

Para muchas otras el encuentro con Jesús ha sido sanador, ha dado sentido a sus vidas, y aunque viven una pertenencia frágil a la Iglesia, se sienten atraídas por experiencias que emocional y existencialmente les dicen al hoy de sus vidas.

En contraste con estas voces, hay un importante sector eclesial que anima una pastoral de impacto, ritualista, que refuerza estructuras jerárquicas y aparentemente seguras ante un mundo frágil, herido y desordenado de muchos jóvenes, a los que se les induce lo que hay que creer, como hay que creer. Una fe que no provoca dudas, que dirige una praxis de comportamiento centrado en la moral sexual, que acerca la dimensión de eternidad aunque sin encarnarse en una misión y un compromiso de transformación social.

² Aportación de responsables estatales de JOC (Juventud Obrera Católica) Mujeres jóvenes y la Iglesia, en la revista 2 Éxodo, marzo 2019.

El papa Francisco es sensible a esta realidad y reconoce que “una Iglesia demasiado temerosa y estructurada puede ser permanentemente crítica ante todos los discursos sobre la defensa de los derechos de las mujeres, y señalar constantemente los riesgos y los posibles errores de esos reclamos. En cambio, una Iglesia viva puede reaccionar prestando atención a las legítimas reivindicaciones de las mujeres que piden más justicia e igualdad. Puede recordar la historia y reconocer una larga trama de autoritarismo por parte de los varones, de sometimiento, de diversas formas de esclavitud, de abuso y de violencia machista. Con esta mirada será capaz de hacer suyos estos reclamos de derechos, y dará su aporte con convicción para una mayor reciprocidad entre varones y mujeres, aunque no esté de acuerdo con todo lo que propongan algunos grupos feministas. En esta línea, el Sínodo quiso renovar el compromiso de la Iglesia ‘contra toda clase de discriminación y violencia sexual’. Esa es la reacción de una Iglesia que se mantiene joven y que se deja cuestionar e impulsar por la sensibilidad de los jóvenes. (ChV, 42)

2. Mi experiencia como delegada episcopal para una tarea pastoral

Es extraño reconocer que se trata todavía de una excepción. Toca abrir puertas, cambiar costumbres y formas de relacionarnos entre los actores de los procesos evangelizadores, en su mayoría sacerdotes.

Al inicio de este servicio me encontré con un paradigma pastoral en el que los jóvenes no eran protagonistas sino solo destinatarios y voluntarios para tareas puntuales. Y que se trataba de organizar actividades y propuestas subsidiarias a las de cada parroquia o movimiento.

Descubrí pronto que tener una responsabilidad delegada por un obispo siendo mujer, laica y migrante eran categorías nuevas en la pastoral ordinaria centrada en el clero. Me di cuenta que teníamos un reto recíproco: recorrer el camino juntos, sumando a otros, jóvenes y no tan jóvenes, mujeres y varones, con carismas y vocaciones diversas; favorecer estructuras nuevas, abiertas y flexibles, impulsar procesos además de organizar actividades. Pensar, crear, soñar y rezar, también juntos, dejando de lado prejuicios, reivindicaciones estériles, a la vez que ocupando los espacios propios de la responsabilidad encomendada.

Elegí el camino de la comunión y el amor a la Iglesia, sin atender a cierta hostilidad y resistencia inicial por parte de algunos. Propuse aprender en el trabajo en equipo, plural y abierto, desde el diálogo, la lectura creyente de la realidad y el discernimiento.

Christus Vivit nos aportó el nuevo paradigma, el de una pastoral sinodal, en salida. Que pasa “*de para los jóvenes a con los jóvenes*”, que acoge a todos, que convoca a una vocación y a una misión, que acompaña, cuida y es cuidadora de la vida de las personas, de las comunidades y de la naturaleza, que es creativa, soñadora y apasionada porque late con el corazón de jóvenes que se encuentran con Cristo.

Creo que avanzar sin romper, sin exigir, sin forzar me ayudó a encontrarme con las personas y no con los roles clericales de las personas. Descubrí que aunque nos separan todavía, con algunos, modos de pensar, de ser y hacer Iglesia, nos une la fe y la comunión. Que el camino de una Iglesia sinodal es lento pero es firme. Y que sin él muchos jóvenes solo estarán de paso o no estarán.

Creo que como mujeres nacemos en la escuela de María. Somos herederas de las luchas de tantas que nos trajeron hasta aquí. Permitidme terminar dando también voz a una de ellas muy cercana a todas vosotras, Pilar Bellosillo: “Tengo conciencia de haber hecho un largo camino, yendo siempre hacia adelante y puedo identificar a Jesucristo en mi propio “Éxodo” hacia la tierra de libertad, de dignidad y de justicia”.